

Al verla, Rascolnikof sonrió; ¡pero con qué siniestra sonrisa!

Instantes después entraba nuevamente en la oficina.

Ilia Petrovitch se disponía á revisar unos papeles. Ante él estaba el alguacil que, al subir, había tropezado con Rascolnikof.

—A.... a.... ah! ¡Otra vez aquí! ¿Olvidasteis algo? Pero, ¿qué os pasa?

Con los labios pálidos y la mirada fija, Rascolnikof avanzó lentamente hacia Ilia Petrovitch.

Apoyándose con la mano en la mesa ante la que el teniente estaba sentado, quiso hablar; pero no pudo articular más que sonidos ininteligibles.

—Estáis enfermo. ¡Una silla! Sentaos. ¡Agua!

Rascolnikof se dejó caer sobre el asiento que se le ofrecía; pero sus ojos no se apartaban de Ilia Petrovitch, cuyo rostro expresaba una desagradable sorpresa.

Durante un minuto, ambos se miraron en silencio.

Alguien apareció con un vaso de agua.

—Yo fui.....—comenzó Rascolnikof.

—Bebed.

El joven rechazó con un ademán el vaso que le presentaban, y en voz baja, pero clara, hizo, interrumpiéndose muchas veces, la siguiente declaración:

“Yo asesiné á hachazos, para robarla, á la vieja prestamista y á su hermana Isabel.”

Ilia Petrovitch llamó, y la habitación se llenó de gente.

Rascolnikof repitió su confesión.

.....

## EPILOGO

### I

Siberia. A orillas de un ancho y desierto río se eleva una ciudad, uno de los centros administrativos de Rusia; en la ciudad hay una fortaleza, en la fortaleza una prisión. En la prisión está, desde hace nueve meses, Rodion Romanovitch Rascolnikof, condenado á trabajos forzados (segunda categoría). Cerca de dieciocho meses han transcurrido desde el día en que cometió el crimen.

El proceso no encontró muchas dificultades. El culpable ratificó sus confesiones con tanta resolución como precisión y claridad, sin embrollar las circunstancias, sin atenuar el horror del hecho, sin velar los detalles, sin olvidar los más pequeños pormenores. Hizo un completo relato del crimen; aclaró el misterio de la “prenda” encontrada en las manos de la vieja; refirió cómo había tomado las llaves del bolsillo de la usu-

rera; describió estas llaves; describió también el cofre é indicó su contenido; explicó el asesinato de Isabel, hasta entonces punto obscuro para todos; refirió cómo Koch había ido á llamar á la puerta, etc., etc. Por último, en cuanto á los objetos robados, declaró el lugar donde se hallaban. En resumen, todo se aclaró. Lo que, entre otras cosas, admiraba más á los jueces, fué que el asesino, en lugar de aprovecharse de los despojos de su víctima, los enterrara bajo una piedra. Y más inverosímil aún parecía que no hubiese abierto la bolsa, que ignorara su contenido. (Guardaba trescientos diecisiete rublos en papel y tres monedas de veinte "kopeks.") Se quiso saber el motivo por el cual el acusado mentía acerca de este punto, después de haber sido sincero en todos los demás. Algunos (los psicólogos) admitieron, por fin, que, en efecto, no hubiese abierto la bolsa, y que se desembarazara de ella sin ver su contenido; pero en seguida dedujeron la conclusión de que el crimen había sido cometido bajo la influencia de una locura momentánea.

—Es culpable—dijeron;—cedió á los impulsos de la monomanía morbosa del asesinato y del robo, sin objeto ulterior, sin cálculo interesado.

Era la época en que progresaba la teoría moderna de la alienación temporal, teoría á cuyo beneficio se trata hoy de explicar los actos de ciertos criminales.

Por otra parte, la existencia de la afección hipocondríaca que sufría Rascolnikof, fué comprobada por varios testigos: el doctor Zosimof, los antiguos compañeros del acusado, la patrona, los criados.

Todo esto hizo pensar que Rascolnikof no era un asesino vulgar.

Con gran despecho de los partidarios de esta opinión, el culpable no trató de defenderse. Interrogado respecto á los motivos que le indujeron á cometer el crimen, declaró, con brutal franqueza, que á ello le había llevado la miseria; con la suma que esperaba encontrar en casa de la vieja, pensaba asegurar sus primeros pasos en la vida; su carácter ligero y envilecido, agriado por las privaciones y los reveses, había hecho de él un asesino.

Cuando se le preguntó por qué había ido á delatarse, respondió que había representado la comedia del arrepentimiento.

Aquello era casi cómico.

No obstante todo esto, la sentencia fué menos severa de lo que hubiera podido presumirse, teniendo en cuenta la magnitud del crimen cometido; quizá fué benigna para el acusado, que, en vez de defenderse, él mismo se condenó cuanto pudo.

Todas las extrañas particularidades de la causa fueron tomadas en consideración. El estado de enfermedad en que el culpable se hallaba al cometer el asesinato, no daba lugar á la menor duda. Para explicar cómo no había hecho uso de los objetos robados, se supuso, ó que el remordimiento se lo había impedido, ó que el uso de sus facultades intelectuales no era pleno cuando consumó el crimen. El asesinato, de ningún modo premeditado, de Isabel, fué un argumento á favor de esta última conjetura: ¡un hombre comete dos asesinatos, y olvida que la puerta se halla abierta!

Por último, él mismo se había denunciado, y esto en el momento en que las revelaciones de Nikolka extrañaban á los encargados del proceso, poniéndoles á cien

leguas de sospechar el verdadero culpable. (Porfirio Petrovitch cumplió religiosamente su palabra.) Tales circunstancias contribuyeron á atemperar la severidad del veredicto.

Por otra parte, en los debates salieron á relucir muchas acciones que honraban al acusado.

Documentos proporcionados por Razumikin probaron que seis meses antes, en la Universidad, Rascolnikof había partido sus escasos recursos con un compañero pobre y enfermo; éste murió, dejando en la miseria á su anciano padre, á quien mantenía desde la edad de trece años. Rascolnikof había hecho entrar al anciano en un establecimiento caritativo, y, más adelante, costeó su entierro.

El testimonio de la viuda Zarnitzin fué también favorable al reo.

Dijo que, en la época en que habitaba con su huésped en las Cinco Esquinas, habiéndose declarado un incendio en una casa, Rascolnikof, con grave peligro de su vida, había sacado de entre las llamas á dos criaturas, hiriéndose al realizar aquel acto de valor.

Se abrió una información respecto á este hecho, y numerosos testigos comprobaron su exactitud.

En resumen, el tribunal, teniendo en cuenta la sinceridad del culpable, así como sus buenos antecedentes, le condenó tan sólo á ocho años de trabajos forzados (segunda categoría).

Cuando se abrieron los debates, la madre de Rascolnikof cayó enferma.

Dunia y Razumikin hallaron medio de alejarla de San Petersburgo mientras duró la vista de la causa contra su hijo; Razumikin eligió una pequeña villa,

próxima al tren, situada no lejos de la capital, á fin de seguir la marcha del proceso y poder ver á menudo á Advotia Romanovna.

La enfermedad de Pulqueria Alejandrovna era una afección nerviosa bastante extraña, con desarreglo, al menos parcial, de las facultades mentales.

De regreso en su casa, después de la última entrevista con su hermano, Dunia encontró á su madre muy desolada, presa de la fiebre y del delirio. Aquella misma noche convino con Razumikin las respuestas que habían de darla cuando la anciana preguntara por Rodion. Inventaron toda una historia, según la cual Rascolnikof había sido enviado muy lejos, á un extremo de Rusia, con una misión que le produciría mucha honra y dinero.

Así continuaron hasta que Dunia comprendió que las mentiras eran contraproducentes y preferible guardar silencio respecto á ciertos puntos. Creía evidente que Pulqueria Alejandrovna sospechaba algo horrible. Dunia sabía—su hermano se lo había dicho—que su madre la había oído hablar en sueños, la noche que siguiera á su entrevista con Svidrigaylof. Las palabras que á la joven se le escaparon, ¿no podían haber sido una clara luz en el cerebro de la anciana?

La sentencia fué dictada cinco meses después de la confesión hecha por el asesino á Ilia Petrovitch.

En cuanto fué posible, Razumikin se apresuró á ver al condenado en su prisión. Sonia también le hizo varias visitas.

Por fin llegó el momento de separarse. Dunia juró á su hermano que aquella separación no sería eterna. Razumikin habló en igual sentido. El vehemente joven

tenía un proyecto: por espacio de tres ó cuatro años, juntarían algún dinero, y en seguida se trasladarían todos á Siberia, país en que tanta riqueza sólo espera, para ser puesta en circulación, el auxilio del capital y el esfuerzo de los brazos; fijarían su residencia donde estuviese Rodia, y . . . . para todos empezaría una vida nueva.

Desde hacía algunos días, Rascolnikof se mostraba inquietísimo, preguntando sin cesar por su madre y preocupándose mucho de ella.

La excesiva inquietud de su hermano inspiraba temores á Dunia.

Cuando él se informó exactamente del estado de su madre, su estado de ánimo tornóse sombrío.

Con Sonia siempre estaba taciturno.

Provista del dinero que le diera Svidrigaylof, hacía mucho tiempo que la joven había decidido acompañar al convoy de presos de que Rascolnikof formara parte. Nunca se dijeron una palabra respecto á este propósito; pero ambos sabían que sería así.

En el momento de despedirse por última vez, el condenado sufrió extrañamente al oír que su hermana y Razumikin le hablaban en términos calurosos del prójimo porvenir que para ellos se abriría en cuanto saliera del presidio. Preveía que la enfermedad no tardaría en llevarse á su madre.

Por fin tuvo lugar la partida de Sonia y Rascolnikof.

Dos meses después, Dunetchka se casó con Razumikin.

Fué aquella una boda tranquila y triste. Asistieron

á ella, en calidad de invitados, Porfirio Petrovitch y Zosimof.

Desde hacía algún tiempo, todo denotaba en Razumikin al hombre que ha tomado una enérgica resolución. Dunia creía ciegamente que pondría en ejecución todos sus proyectos; y no podía dejar de creerlo, porque veía en él la más firme voluntad.

En efecto, Razumikin empezó por volver á la Universidad, á fin de concluir sus estudios. El matrimonio no cesaba de formar planes para el porvenir: uno y otra tenían la intención de emigrar á Siberia dentro de cinco años. Mientras tanto, allí tenían á Sonia para reemplazarles. . . . .

Pulqueria Alejandrovna fué feliz al dar la mano de su hija al amigo de Rodion; pero después de aquel matrimonio, su tristeza y su preocupación fueron en aumento.

Para procurarle un rato agradable, Razumikin le notificó la hermosa conducta de su hijo para con el estudiante pobre y su anciano padre, y también la refirió cómo, el año anterior, Rodia había expuesto su vida por salvar la vida á dos niños, con peligro de perecer, en un incendio.

Estos relatos exaltaron en el más alto grado la mente, ya turbada, de la anciana. No volió á hablar de otra cosa, y á todo el mundo contó aquellas proezas de su hijo. Hasta trató de ver á la madre de los niños salvados por Rascolnikof.

Su agitación llegó á los últimos límites. Tan pronto rompía á llorar de improviso, como sufría accesos de fiebre, durante los cuales deliraba.

Una mañana declaró formalmente que, según sus

cálculos, Rodia debía volver pronto, porque cuando se despidió de ella, le había anunciado su vuelta para dentro de nueve meses, á todo tardar. Y comenzó á prepararlo todo, como si realmente esperase á su hijo; le destinaba su propio aposento, que se puso á arreglar y á limpiarlo, fregándole el suelo, cambiándole las cortinas, etc., etc.

Dunia, la pobre, estaba apenadísima; pero nada decía, y hasta ayudaba á su madre en aquellos preparativos.

Después de un día de locas visiones, de sueños alegres y de lágrimas, se apoderó de Pulqueria Alejandróvna una intensa calentura que la mató en un par de semanas.

Muchas palabras pronunciadas por la enferma en su delirio, hicieron comprender que había adivinado el horrible secreto que se le había querido ocultar.

Rascolnikof ignoró por mucho tiempo la muerte de su madre, aun cuando desde su llegada á Siberia recibiera regularmente noticias de ella por medio de Sonia. Todos los meses, la joven enviaba una carta á Razumikin, y todos los meses también se la escribía de San Petersburgo.

Las cartas de Sonia no tardaron en parecer algo laconicas é inexpressivas al joven matrimonio; pero, más adelante, comprendieron que era imposible escribirlas más á su gusto, teniendo en cuenta que en todas ellas les enviaba las noticias más completas y precisas respecto al estado del preso.

Sonia describía de un modo claro y sencillo la vida de Rascolnikof en la prisión. No hablaba de sus propias esperanzas, ni de sus conjeturas para el porve-

nir, ni de sus sentimientos personales. En vez de querer explicar el estado moral, la vida interior del condenado, se limitaba á hablar de sus hechos, á trasladar sus mismas palabras; daba noticias de su salud, transmitía algunos deseos por él manifestados, preguntas que hacía, encargos que le daba en sus entrevistas, etc., etc.

Pero todos aquellos datos, por circunstanciados que fuesen, no eran, sobre todo al principio, lo suficientemente consoladores.

Dunia y su esposo sabían, por las cartas de Sonia, que Rascolnikof estaba siempre triste y taciturno; que cuando la joven le daba noticias de San Petersburgo, apenas prestaba atención; que en ocasiones preguntaba por su madre, y cuando Sonia, viendo que adivinaba la verdad, le anunció la muerte de su madre, notó, con gran sorpresa, que oyó la triste noticia poco menos que impasible.

“Aun cuando parezca completamente absorto en sí mismo y como extraño á cuanto le rodea—escribía Sonia,—conoce su nueva vida, comprende su situación, no espera nada mejor para el porvenir, no tiene ningún deseo frívolo, no experimenta casi ninguna sorpresa en este medio, tan distinto del anterior. . . . Su salud es satisfactoria. Va al trabajo sin repugnancia y sin deseo. Es casi indiferente á la comida; pero, salvo los domingos y los días de fiesta, esta comida es tan mala, que por fin ha consentido en aceptar de mí dinero para procurarse té á diario. Por lo demás, me ruega que no me inquiete, porque, según asegura, le desagrada que se ocupen de él.”

“En la prisión—decía en otra carta—vive en común

con los otros reos. No he visitado el interior de la fortaleza, pero me inclino á creer que está muy mal, muy oprimido y en condiciones insalubres. Si rehusa cuanto podía hacer su existencia material menos dura y no tan miserable, no es, de modo ninguno, por prejuicio y en virtud de idea alguna preconcebida, sino sencillamente por apatía, por indiferencia.”

Sonia confesaba que, al principio, sus visitas, lejos de procurar placer á Rascolnikof, causábanle una especie de contrariedad; no salía de su mutismo sino para decir insolencias á la joven. Más tarde, aquellas visitas se hicieron para él una costumbre, casi una necesidad; en cierta ocasión estuvo muy triste, porque una ligera enfermedad obligó á Sonia á suspender las entrevistas por algunos días.

Los de fiesta se veían, bien á la puerta de la prisión ó bien en el cuerpo de guardia, á donde acudía por algunos momentos el preso, cuando ella le hacía llamar. Los días ordinarios le veía en el trabajo: en los talleres, en los hornos de ladrillo, en las chozas establecidas á orillas del Irtych.

En lo que la concernía, Sonia decía que había sabido crearse relaciones en su nueva residencia, que era costurera, y que, como la ciudad sólo poseía una modista, se había creado una buena parroquia. Lo que no decía era que había recabado para Rascolnikof las atenciones de la autoridad, y que, gracias á ella, se le dispensaba de los trabajos más penosos.

Por último, Razumikin y Dunia recibieron aviso de que Rascolnikof se alejaba de todo el mundo, de que sus compañeros de cautiverio no le tenían cariño, de

que guardaba silencio por espacio de días enteros, de que palidecía.....

Ya Dunia había notado cierta intranquilidad en las cartas de Sonia.

Un día, ésta escribió que el condenado había caído gravemente enfermo y estaba en la enfermería de la prisión.

## II

Sentíase mal hacía ya mucho tiempo; pero lo que debilitó sus fuerzas no fué ni el cautiverio con todos sus horrores, ni el trabajo, ni la mala alimentación, ni la vergüenza de verse con la cabeza rapada y de ir vestido de harapos. ¿Qué le importaban aquellas tribulaciones y miserias? Lejos de ello, le era grata su obligación de trabajar; la fatiga física le procuraba algunas horas de sueño tranquilo. ¿Y qué significaba para él la mala comida? En otro tiempo, cuando estudiaba, ¿cuántas veces se hubiera considerado feliz con aquella alimentación! En cuanto á la ropa, era apropiada al trabajo y á la vida que llevaba; y respecto á los grillos, ni aun sentía su peso. Quedaba la humillación de ir trasquilado al rape y de llevar el uniforme del presidiario.

Pero, ¿ante quién se iba á avergonzar? ¿Ante Sonia? Ella le respetaba. ¿Cómo iba á ruborizarse ante ella?

Sin embargo, hasta ante Sonia sentía vergüenza; por eso se mostraba desviado y grosero en sus relacio-